

POR LO MENOS de esta jornada electoral el último cacaseno ha resultado el Dr. Mario Vargas Llosa. Término infeliz, de lenguaje aristocrático, el que usara el candidato de la derecha y que puede, en retrospectiva, simbolizar su derrota y con ella la de toda una forma de hacer política en el Perú.

El triunfo del Ing. Alberto Fujimori -desconocido, sin programa y nisei, pero con pinta de buena gente- termina, en primer lugar, con la insolencia pituca como expediente para actuar en lides electorales. Cuando decimos «insolencia pituca» la connotación es necesariamente étnico-social y nos referimos a la agresividad ofensiva de la minoría blanca que puebla nuestras clases altas. Esta insolencia ha tenido como protagonista principal al Fredemo y a su candidato presidencial, pero no se ha restringido a ellos, las izquierdas, viejas y nuevas, también han adolecido, en otras formas y proporciones, de lo mismo.

Los conformantes de la alianza derechista negaban con su sola presencia, individual y como partidos tradicionales, el pretendido discurso renovador. Continuaban con la distorsión clamorosa de la historia del Perú, antigua y reciente. Donde este país empezaba con la aparición de sus apellidos (es decir de los españoles) y Velasco resultaba el ogro más inmediato, dejando los fracasos de sucesivos Belaúndes para otras memorias. En fin, el aliento restaurador de todos sus actos que imaginaba como utopía un Perú pre-Reforma Agraria y decía querer cholos limpios pero cholos siempre, en todo

« Miembros de la alianza derechista negaban con su presencia el discurso renovador. »

el sentido peyorativo del término. Su diagnóstico del Perú reclamaba una solución drástica y no tuvieron mejor idea que diseñarla a su imagen y semejanza, es decir, una solución en la que la mayor cantidad de dinero en sus bolsillos iba a ser el bien de los demás. Todo lo que no se pareciera a sus puntos de vista no merecía siquiera el nombre de Plan de Gobierno. Con esta propuesta, de shock y de choque, ya no era posible la imagen paternal del caudillo oligárquico o su reminiscencia belaundista que sirviera para aminorar el golpe, había que presentarse tal cual, confiados en su éxito de patrones. Pero ello ya no era posible en este Perú. Aquí la ciudadanía tiene ya más de lucha social que de concesión graciosa y las gentes, crecientemente, valoran la Libreta Electoral que tienen entre manos.

LAS VOCES DE ORDEN del pasado tienen una barrera en la organización autónoma del pueblo que es el mayor desarrollo del tejido social en los últimos 30 años. Este pueblo organizado no sólo es útil para repartir comida y ropa vieja, también lo es y sobre todo para poseer su propio país. Frente



A Vargas Llosa lo habría perdido su «insolencia pituca».

UNA DERROTA CON LECCIONES

Por qué perdió VARGUITAS

al clientelismo aprista, su corrupción y su PAIT, la derecha quiso traer PAS y manejo gerencial de los sectores populares. La gente, en cambio, harta de tanto manoseo optó por quien aparecía más alejado de estas intromisiones.

Pero las izquierdas también llegan a un término con el triunfo del Ing. Fujimori. En primer lugar porque buena parte de ellas bebe de esta misma insolencia de élite de la derecha. En algunos casos por similar extracción étnico-so-

cial, en otros por haber conservado distancia frente al país real tal como lo hizo la derecha. Protegidas tras sus aparejos ideológicos y/o intelectuales se continúan preocupando más de mantener posiciones dirigentes que de renovar su imagen de país. El pueblo por ello las sanciona con el voto. Se niega así a otra manipulación, justificada ideológicamente en este caso, de quienes dicen ser sus representantes «naturales».

Curiosamente hay un grupo

político que pareciera salvarse de la debacle: el APRA. Es indudable que es la que sale mejor parada en términos de partido, aunque no hay que olvidar que sus porcentajes son los más bajos obtenidos por ellos en elección presidencial alguna. Quizás, a pesar de su fracaso en el gobierno, sean los que mejor han expresado dos cosas: el rechazo a la derecha y los intereses -muy privados- de una significativa clientela, principalmente burocrática.

¿Cómo podremos entender la gravedad de esta situación, si es que alguna reviste para el país? Creo que apelando a la idea de la falta de representatividad de los partidos políticos y otras organizaciones sociales. Por ahora tomaremos a los primeros. Una periodista extranjera que asistió a todos los mítines de cierre de campaña en la primera vuelta, me refería que tanto en el caso del Fredemo como de las izquierdas la diferencia de color de piel entre la tribuna y la audiencia era notoria y algo mejor aunque significativa también en el caso del APRA. La imagen quizás pueda ser una metáfora sobre esta falta de representatividad.

En este país la democracia rara vez se ha entendido como representación política. Para la derecha, heredera directa del prejuicio oligárquico, democracia ha sido negocio entre «notables», prolongación, aunque fuera imaginaria, de señoríos pasados. Para la izquierda, heredera también por contradicción de la misma cultura oligárquica, democracia ha sido igual a «masas», a «montón» en el peor de los casos, con necesarios «intérpretes» o nuevos «notables» que pudieran traducir estas agregaciones humanas indivisas. Los apristas tampoco han avanzado mucho, poniendo el acento en un proyecto de representación corporativa que luego de una larga práctica de monarquía hayista y clientelismo político se ha quedado en el discurso. Representación, implica individuación, participación del individuo-ciudadano que elige su representante. Nuestras tradiciones, oligárquica, izquierdista y aprista han rpeferido obviarla en nuestras latitudes.

No existen, en particular al interior de las formaciones políticas, los canales que puedan efectivamente fundar la representación desde la participación del ciudadano. La ausencia de partidos representativos se resuelve con juramentos de lealtad al líder (o a quien pretende de serlo) y alusiones al pueblo. Pero a establecer representación efectiva, con programas renovados, amplios comités de base, padrones limpios y elecciones periódicas, se tiene un grave temor.

El Ing. Fujimori es producto de esta situación de falta de representatividad. No podemos decir, de manera gruesa que él no es representativo. Indudablemente que expresa a sectores sociales muy significativos, tal como las cifras lo demuestran, pero no «representa» como forma de articulación de intereses políticos de un determinado grupo coalición de grupos sociales. Esta ausencia de representaciones efectivas que se traduzcan en maquinarias políticas de movilización, puede ser la traba mayor de su gobierno, sobre todo cuando lo que se necesitan sean coaliciones muy amplias, de consenso nacional como él mismo ha señalado. Quizás su capacidad de convocatoria, como presidente electo sin ligazones partidarias ni «ideológicas» aparentes, sea un punto de partida para lograr un gobierno de consenso nacional y desde aquí empezar a construir las representaciones de una nueva política y de un nuevo ciclo político que el país tanto necesita.

En este período toca a derechas, centros e izquierdas construir cada cual las nuevas representaciones de nuestro pueblo como única forma de poder lograr una comunidad política democrática, sin cacasenos ni exclusiones.

☞ Nicolás Lynch